

Por una ética analítica de la renovación

El psicoanálisis no es una disciplina reservada a una élite adinerada. Producido y renovado gracias a los elementos de nuestro tiempo, se enriquece y se refresca, renunciando a la momificación de sus conceptos. Su ética exige la renuncia al discurso del amo y a la impostura de un saber absoluto, porque el discurso del amo es el reverso directo del discurso analítico. Estamos trabajando con el telescopaje de viejos traumas frente a los cuales el deseo ha retrocedido, lo que nos da la oportunidad de reconocer y diferenciar el trauma objetivo del trauma subjetivo y de reconocer las agresiones sufridas y reprimidas por los sujetos frente al miedo a la feminización que caracteriza a los tiranos. ¿No es tarea del psicoanálisis devolver a la vida su valor?

Gorana Bulat-Manenti

Hoy en día, si el psicoanálisis sigue propagando los efectos de la verdad y ello a pesar de los ataques y las críticas irreflexivas, es gracias a su acceso al inconsciente y al imperecedero descubrimiento freudiano de la causalidad reprimida de los síntomas a tratar. Su lugar está asegurado gracias a los trabajos de Freud y más recientemente de Lacan y Dolto, y de algunos otros grandes pioneros entre los que se encuentra Gérard Pommier, uno de los fundadores de la FEP. Y si Freud no dudó en recurrir a la interpretación, Lacan tampoco se quedó callado ante la angustia de sus pacientes. Lacan insistió, a través de sus aportaciones clínicas y teóricas, en oponer firmemente el discurso analítico al discurso del Amo, cuya proximidad a la figura del "Urvatter" conduce inevitablemente a la impostura, "a la canalla", como él decía. Esta elaboración de la dinámica de los Cuatro Discursos, en la que vemos que el discurso del Amo es el discurso más alejado del discurso analítico, significa el punto central de la ética del psicoanálisis, uno de los momentos más fuertes y luminosos de los avances lacanianos. Sin embargo, la desafortunada tendencia a querer encarnar al "gran Otro" detentador del saber absoluto y a considerar a los analizandos como menores ignorantes, persiste y firma, todavía con demasiada frecuencia. Esta manía de infantilizar, de tratar con condescendencia y mohínes de desprecio a los que acuden a nosotros en momentos de gran angustia no era el caso ni con Lacan ni con Dolto y sobre todo con Freud. Pero esta postura tan cara al patriarcado, insistente en una identificación abusiva con el padre muerto/vivo, ha logrado imponerse en casi todas partes, sobre todo después de la muerte

de Lacan. Esta falta de ética, que consiste en no considerar a sus analizados simplemente como "pares" a los que basta con indicar los momentos de apertura de su inconsciente lejos de los "Padres" todopoderosos, llamados a dirigir multitudes asociativas, perjudica al psicoanálisis tanto como a sus enemigos declarados. Los avances de la sociedad, el lugar más justo concedido a las mujeres y las palabras que se lanzan como nunca antes sobre el sufrimiento infligido a los más vulnerables - los ancianos (escándalo Orpea en Francia) o el maltrato de los niños (reciente escándalo de las guarderías), nos obligan a permanecer vigilantes y a precisar los contornos, a menudo demasiado borrosos, de nuestra ética. Los conceptos freudianos de fantasía, trauma, sexualidad femenina y lugar del padre deben actualizarse y volver a situarse en el contexto de su época. Pues el papel del psicoanálisis (a través de su acceso al material incestuoso reprimido) es preceder y acompañar los logros de las libertades francamente adquiridas. A veces asistimos a tentativas de vuelta atrás, en particular con la problemática del incesto, a sabiendas rápidamente apartada, ahogada, olvidada, a pesar de la voz de las víctimas, cada vez más presente. ¿Por qué las verdades civilizadoras se cubren tan rápidamente de silencio? Así, un artículo del diario Le Monde (9/4/23) señala que, según una encuesta de Ipsos, el 73% de las denuncias de abusos sexuales de niños se archivan sin seguimiento. El psicoanálisis puede y debe contribuir a explorar la voz de los más débiles, las víctimas.

El inconsciente tiene un vínculo con la política. Sus efectos imprevisibles, que parten de la esfera más íntima de cada ciudadano, reverberan en el dominio público sin ser percibidos directamente, "a simple vista", y el papel del psicoanálisis es descubrir sus resortes gracias a sus experiencias clínicas y teóricas.

Trabajar sobre los síntomas dolorosos de nuestros pacientes (pero sobre todo y ante todo sobre los nuestros) nos permite medir la implicación en nuestra vida personal y social de lo que ha sido retirado de la conciencia de nuestros pensamientos y actos y sacar algunas conclusiones sobre la naturaleza del estrecho trenzado entre lo inconsciente, por una parte, y lo político, por otra, entre el síntoma individual y el síntoma colectivo. El vínculo social es también una formación del inconsciente,

La vida en grupo se presta a la pulsión pulsional, lo que permite confirmar la creencia en la posibilidad de alcanzar el dominio, el goce total, absoluto. Este goce altamente incestuoso puede

esperarse gracias a la fantasía del asesinato del padre (Edipo), una fantasía individual que puede generalizarse y que puede representarse colectivamente, como señaló con razón Gérard Pommier, uno de los fundadores del FEP, en su libro "Libido illimited". ¿Cómo matar simbólicamente al padre, cómo diferenciar entre el padre real que siempre ha estado muerto, un padre mítico, inexistente, sólo imaginable en una masculinidad hecha de fuerza, de rechazo de lo femenino y sostener al padre que acepta su lugar relativo en la sucesión de las generaciones, este padre al que le gusta transmitir, que reconoce sus fuerzas pero también sus debilidades y su vulnerabilidad psíquica?

El acto del analista se plantea para que el pasado sea redescubierto a fin de permitir un futuro, para que la historia, la "pequeña historia" del sujeto encuentre la gran Historia de su tiempo. El no-saber, el 'no quiero saber nada de eso' (a veces heredado de la generación anterior), puede en el tratamiento analítico a través del 'puedo hablar' llegar a un 'puedo saber'. Sí, "se permite saber a qué dios oscuro e incestuoso se suele hacer objeto de sacrificio, sacrificio del propio deseo ante los dudosos imperativos de las exigencias de un yo codicioso y sobre todo sacrificarle la vida del otro, del prójimo, siempre demasiado diferente y puesto en el lugar del chivo expiatorio, del que debe desaparecer.

No tenemos más remedio que enfrentarnos a la verdad o ridiculizar nuestro saber", escribe Lacan en la "Proposición sobre el psicoanalista de la escuela" del 9 de octubre de 1967. No olvidemos que el trabajo analítico es un trabajo de transmisión, y cuya ética concierne al complejo de castración, a "no ceder al deseo" a pesar del "horror" que el analista pueda sentir por su acto. El psicoanálisis no es una visión del mundo. Gracias a sus conceptos, permite relacionar y captar la articulación de lo que causa y ordena nuestro pensamiento sin que lo sepamos. La ética de la cura requiere un acto político, ya que permite deshacer las identificaciones alienantes, incestuosas y sometidas a un poder abusivo.

En la teoría lacaniana, una identificación puede llamarse imaginaria siempre que responda inconscientemente al deseo de un Otro visto como una totalidad impecable, "el gran A no barrado".

El Amo es simplemente un lugar en el discurso, y, fuera de esta función, la impostura comienza muy rápidamente. El rasgo unario es unívoco, no es un significante. Es más bien un signo por su

carácter estructural en su referencia original al Otro. Se refiere a la mirada del Otro, al asentimiento del Otro, a la elección del amor. Mientras que el ideal del yo está del lado de la introyección simbólica, el yo ideal está del lado de la proyección imaginaria. El rasgo unario es mono semántico, nos indica Lacan. El yo ideal surge del narcisismo. Lacan dice con mucho humor que es mucho más fácil ser amado por el yo ideal que por el original. ¿No alude a la duplicidad paterna, al padre vivo y al padre muerto, contradicción insoluble para el pensamiento consciente? El lugar del ideal del yo está ocupado en la teoría freudiana por el tirano, por el líder: "El grupo, cuando se une en torno a un ideal, experimenta un júbilo semejante al del lactante entre los seis y los dieciocho meses. En la multitud, lo semejante sirve para compensar la falta de goce. Los rasgos identificatorios sirven para anclar la fijeza de la fantasía. No hay inconsciente colectivo, pero la fantasía puede colectivizarse... El inconsciente no es colectivo, se define por la ausencia del sujeto en un saber que se le escapa. Lo que el lenguaje colectivo produce del inconsciente concierne a los sujetos uno por uno. Las formaciones del inconsciente, el sueño, el lapsus linguae, el acto omitido no son más que los efectos de un fracaso del goce. Lo mismo ocurre con el vínculo social, que es ante todo un síntoma: el malestar en la civilización", escribe Gérard Pommier en *Libido illimited*.